

Entrevista a Jesús Rodríguez: “El soporte político es decisivo para el éxito de un programa económico”

21 de julio de 2025

Jesús Rodríguez y Alejandro Garvie fueron distinguidos por la Academia Nacional de Ciencias Morales y Políticas con el Premio Academia 2024 por su trabajo “La huella democrática”.

En diálogo con la Academia, el otrora ministro de Economía de la Nación reflexionó sobre las lecciones del Plan Austral, la situación económica actual y los desafíos del sistema político argentino.

— Usted menciona que el Plan Austral tuvo un respaldo inicial que luego se evaporó. ¿Qué cree que faltó para que ese apoyo se sostuviera en el tiempo? ¿Encuentra algún paralelismo con la situación actual y el plan del gobierno de Javier Milei?

— El éxito de un programa económico reside en el alineamiento de varias variables. Primero, tener un diagnóstico adecuado; segundo, tener un programa integral; tercero, disponer de un plantel de técnicos y dirigentes políticos capaces de llevarlo adelante. Finalmente, tener el soporte político e institucional para instrumentarlo, así como la legitimidad social para ponerlo en práctica.

En el caso del Plan Austral, las tres primeras variables estuvieron dadas, pero no le fue bien con la cuarta: el apoyo político. Un ejemplo ilustrativo es el caso de un programa muy parecido, como lo fue el de Israel, que pudo ser exitoso, entre otras cosas, porque contó con soporte político. Una mayoría abrumadora del parlamento israelí, expresada en un gobierno paritario — con la mitad de los ministros de un partido y la otra mitad del otro, y con alternancia en el cargo de primer ministro— hizo posible que los resultados fueran mucho más duraderos. El soporte político es absolutamente decisivo para determinar el éxito de un programa económico.

Hoy me parece que hay debilidades institucionales importantes. Por ejemplo, no hay presupuesto en la Nación Argentina, y eso no es por decisión de la oposición, sino por la falta de voluntad del gobierno de contar con un presupuesto. Esto es un problema estructural que conspira decididamente contra el éxito de cualquier programa.

— ¿Cuál cree que fue el mayor logro del gobierno de Alfonsín que no siempre se reconoce y que podría servir como enseñanza para el presente?

— Me parece que el gobierno del presidente Alfonsín fue un verdadero cambio de era política en la Argentina. Dejó atrás la violencia como método de acción política, algo que había sido tolerado o aceptado por vastísimos sectores sociales durante mucho tiempo. En 1983 se dio vuelta una página y se dio un salto civilizatorio en nuestra vida en sociedad.

— ¿Cómo ve el clima político actual en relación con la violencia?

— Estamos en un momento de la vida en común en la que naturalizamos de forma muy peligrosa el lenguaje violento, las declaraciones y los posicionamientos políticos agresivos y descalificatorios. A esto yo lo llamo “los riesgos de la animalización de la política”. Se deshumaniza al adversario político. Lo vimos en la historia: Stalin llamaba “insectos” a los opositores, Fidel Castro los llamaba “gusanos” y Chávez los llamó “escuálidos”. Esto refleja una actitud agresiva, intolerante y abre la puerta a la violencia física.

— En su momento se debatió mucho sobre la legitimidad de la deuda heredada de la dictadura. ¿Cómo analiza ese tema desde el presente y qué paralelismos encuentra con el endeudamiento actual?

— El gobierno militar dejó una deuda estatizada que obligaba al sector público a generar superávit fiscal para comprar dólares y poder atenderla. Era una situación muy complicada que significó que Argentina enfrentara compromisos externos muy superiores, en términos relativos, que los que tuvo Alemania después de la Primera Guerra Mundial.

El gobierno de Alfonsín realizó una verificación de créditos que permitió reducir el stock de deuda en cerca de mil millones de dólares, casi el 10%, y luego inició una negociación muy compleja en un contexto en que los acreedores eran los bancos, que actuaban de manera sindicada y negociaban bajo una sola voz, mientras que los países deudores no tuvieron las capacidades para afrontar de manera común también esa circunstancia.

— ¿Qué faltó para que los países latinoamericanos pudieran negociar de manera conjunta?

— Hubo inmadurez política de parte de los países deudores y, al mismo tiempo, desinterés de los países centrales, que no se involucraron a pesar de algún tipo de cercanía ideológica o política. Finalmente, la salida vino años después con el Plan Baker y el Plan Brady, que reestructuraron la deuda en el marco del sistema financiero internacional.

— **En ese sentido, ¿qué rol tuvo Estados Unidos en los programas de estabilización, como el de Israel, y cómo compara eso con el presente?**

— En el caso de Israel, el gobierno de Estados Unidos otorgó un *grant*, esto es, una transferencia sin necesidad de devolución, equivalente al 4% del PBI del Estado de Israel, desembolsado en dos años, lo que fue un apoyo muy concreto y explícito al esfuerzo de estabilización económica israelí. Hoy el contexto es distinto: otros actores, otras urgencias, otro mundo. No hay comparación posible.

— **Para cerrar, ¿cómo ve al radicalismo frente al escenario político actual?**

— Afectado, como todo el sistema político. Estamos frente a un sistema que hoy sintetiza tres dimensiones muy complejas. La primera, un hiperpresidencialismo muy acentuado. La segunda, la fragmentación del sistema de partidos junto con una falta de cohesión interna. En tercer lugar, la polarización. Esta combinación es un muy desaconsejable esquema de funcionamiento.

— **¿Cree que el radicalismo puede desempeñar un rol clave para fomentar el diálogo y la cooperación entre los**

distintos sectores, contribuyendo a la estabilidad del sistema político?

— Ese es el desafío que tienen por delante no sólo el radicalismo, sino todo el sistema político argentino.